

ALYSON RICHMAN

EL SECRETO DE LAS NUBES

 Planeta Internacional



Prólogo

26 de abril de 1986

Kiev, Ucrania

Ella camina por las calles empedradas y mueve su cuerpo ligero con rapidez. Casi siempre viste varias capas de suéteres delgados y usa una bufanda holgada enrollada al cuello. Hoy, sin embargo, el día está extrañamente caluroso y el sol irradia con el cielo azul pálido como fondo.

Todos en la plaza celebran esta sorpresiva onda de calor. Las mujeres llevan vestidos de algodón por primera vez en meses. Los viejos en el parque juegan ajedrez con las mangas recogidas arriba de los codos. Los niños, junto a sus padres, están metidos hasta las rodillas en el agua del río, en el que por lo general no se puede nadar antes de julio.

El calor. El sol. La luz. Durante unas cuantas horas, en la privacidad de su jardín, Katya se había empapado de esa luz inesperada. Pero ahora da un salto juguetón para esquivar un charco de agua enjabonada que dejó el barrendero. Su leotardo está oculto debajo de una delgada blusa negra. Debajo de su falda se asoman las piernas torneadas de una bailarina. Camina como si no tocara el suelo, balanceando los brazos, con la bolsa al hombro. Su rostro es pálido y el pelo rubio lo lleva bien recogido en un chongo.



Al acercarse al teatro, nadie repara en Katya cuando abre la pesada puerta y sube las escaleras de cemento hacia los estudios de ballet. Dentro, las persianas están completamente abiertas para dejar entrar la luz. Mientras las bailarinas hacen estiramientos, sus sombras imitan los movimientos sobre la duela. Como fantasmas oscuros resucitados por el sol.

1

Déjame contarte un secreto. Hay un tipo de persona único en el mundo: uno que irradia luz incluso a través de un velo de oscuridad.

Como maestra he visto toda clase de cosas en los ojos que me miran: al niño que odia la escuela y desearía estar fuera del salón; al que busca complacer a todos; al pequeño adormilado de ojos vidriosos, y al que invariablemente está perdido en sus fantasías. Hay momentos raros, sin embargo, en los que un estudiante se sienta frente a ti y tienes la certeza repentina —no sabes bien el porqué de esa sensación— de que se trata de alguien distinto.

No hay que confundir a este estudiante del que hablo con el alumno ambicioso, ni tampoco con el que tiene un talento innato para presentar exámenes. No; este niño, el que te da la impresión de que es extraordinario, es el que te regresa todo lo que le das y aún más. Él o ella se vuelve tu faro y cada palabra que pronuncias de pronto tiene un destinatario. Es como si estuvieras dando clases hacia su luz.

En el otoño de 1999 conocí a Yuri, un estudiante que un día me enseñaría cosas que jamás habría aprendido en la escuela. Yo era

joven y me había graduado del Columbia Teachers College dos años antes. Había abandonado el primer trabajo que conseguí al salir de la universidad, como asistente personal en un famoso despacho de relaciones públicas de Nueva York, donde mis días eran tan desmoralizantes y estúpidos que a veces pensaba que sería mucho menos doloroso comer vidrio que pasar doce horas atendiendo las pantagruélicas necesidades de mi jefe. Seguí el consejo de mi madre, con la esperanza de encontrar algo que restaurara mi fe en la humanidad y diera sentido a mi vida, y renuncié para volver a la universidad y titularme como maestra.

Para ser honesta, mi pasión por la docencia se transformó casi en fanatismo después de cambiar de carrera. La emoción de dar clases a niños se origina en el hecho de que ellos son auténticos a diferencia de los adultos. Uno halla verdades en cada salón de clases, y yo disfrutaba de esa pureza como si se tratara de un vaso de agua fresca. Quería ser la maestra que lee en voz alta a sus estudiantes para que escuchen la música de las palabras, como lo había hecho mi profesora de Literatura en sexto grado. En el fondo, tenía la convicción de que una historia era capaz de cambiar a la gente y que, si uno lo leía con la suficiente concentración, un buen libro podría transformarle el alma.

Era el segundo año que daba clases de Lengua y Literatura Inglesas a sexto grado en la Escuela Secundaria Franklin y rebosaba optimismo. A mi alrededor todo parecía lleno de posibilidades. Mi novio, Bill, y yo recién nos habíamos mudado juntos. Durante los primeros cuatro años, después de graduarnos de la Universidad de Míchigan, habíamos vivido a unas cuadras el uno del otro, en la frontera entre el Upper East Side y el Harlem hispano, donde la renta era relativamente barata y abundaban los bares. Pero me cansé de ver profesionistas veinteañeros que se relajaban frente al televisor en los bares deportivos, entre cientos de gorras de beisbol.

Además, el trayecto diario desde la ciudad de Nueva York hasta mi trabajo en Long Island me estaba matando. Necesitaba respirar aire fresco y tener un patio trasero. Imaginaba las mañanas de domingo leyendo el periódico y cruzando miradas con Bill entre el humo de las tazas de café. Quizás hasta nos compraríamos un perro.

En un principio, Bill se resistía. Él disfrutaba de la comodidad de comprar un café y un bagel junto con el *New York Post* en su tienda favorita antes de tomar la línea 6 del metro cada mañana para ir a su oficina en Midtown, donde vendía seguros corporativos. Amaba que hubiera cincuenta locales distintos de comida a domicilio para escoger si tenía algún antojo después de la medianoche. Empezaba a ganar dinero y estaba feliz de tener dónde gastarlo. Se compró un juego de palos de golf y se consintió adquiriendo un palco para los partidos de los Mets y para conciertos en el Madison Square Garden.

Sin embargo, durante los meses siguientes, nuestros amigos más cercanos que estaban en pareja comenzaron a anunciar, uno a uno, su decisión de abandonar la ciudad y mudarse a donde hubiera más pasto y las filas para desayunar en domingo no fueran de una hora. Una noche, en Ray's Pizza, Bill comentó que la migración había comenzado.

—¿Y por qué tengo que ser yo el último que quede? —Se limpió la boca con una servilleta—. Quizá tengas razón, Maggie; hay que mudarnos a los suburbios.

Terminamos por rentar una pequeña cabaña en Stony Brook, una zona de Long Island que se parecía más a Nueva Inglaterra que los pueblos más elegantes próximos a Manhattan. Hallé el anuncio de la casita en el periódico local *PennySaver*, una gacetilla de descuentos que tenían mis padres en su casa, y lo encerré en un círculo con tinta roja brillante. La ubicación era perfecta. Quedaba cerca de la secundaria en la que yo daba clases y Bill estaba feliz

porque su empresa tenía una sucursal no muy lejos de ahí. Sentía que estaba en camino de convertirme en una adulta de verdad, a la madura edad de veintiséis años.

La parte más romántica de mi ser estaba encantada con la nueva casa. La pequeña cabaña de madera blanca con persianas rojas y aldaba de latón parecía salida de las páginas de un libro para niños. Otros quizá no la habrían querido por los techos bajos o la falta de clósets, pero a mí me convenció la agente de bienes raíces cuando dijo que tenía «un encanto de estilo antiguo». ¿A quién no le fascinan las macetas llenas de petunias moradas y magenta al pie de las ventanas? ¿Quién necesita aire acondicionado cuando enormes árboles de tilo sombrean su tejado azul?

—Intentemos negociar un poco la renta —sugirió Bill.

El empresario que llevaba dentro siempre se emocionaba frente a la oportunidad de obtener un mejor trato. Pero lo ignoré. La agente de bienes raíces nos mostraba la chimenea de leña y yo no quería distraerme de lo que nos decía sobre el trabajo de las molduras talladas a mano.

—Esa es toda la calefacción que van a necesitar en el verano. —Se rio, señalando los leños de cerezo que los dueños habían apilado a un lado con gran minuciosidad.

¡Trato hecho! Desde ese instante me imaginé envuelta en una frazada, leyendo a Toni Morrison frente a la chimenea encendida.

Al final del recorrido, Bill dio las gracias a la agente y le prometió que nos pondríamos en contacto con ella en unos cuantos días. Esperé a que se adelantara unos metros antes de jalar a la agente hacia mí.

—¡Nos la quedamos! —le dije apretándole el brazo. No podía resistirme cuando algo tenía un «encanto de estilo antiguo». Casi podía oler ya el aroma de los leños de cerezo en el fuego, y eso que estábamos a unos días de que comenzara el verano.

Nos mudamos a finales de junio, justo después de concluir mi primer año en Franklin, y me tocó desempacar la mayor parte de las cosas. Limpié el librero de madera en el pequeño estudio y lo llené con todas mis novelas favoritas. Desde que salí de casa por primera vez, cargaba con mis libros más amados, así que incluso mis obras favoritas de segundo de secundaria estaban presentes en los nuevos libreros. Mi maltratado ejemplar de *Una paz solo nuestra* y de *Un árbol crece en Brooklyn* ocupaban un lugar a un lado de adquisiciones más recientes, como *El dios de las pequeñas cosas* y *Un buen partido*. A diario, mientras Bill se iba a trabajar, yo me esforzaba por convertir la cabaña en nuestro hogar. Coloqué sobre el marco de la chimenea fotos de nosotros cuando estábamos en la universidad y corté rosas salvajes que acomodé en antiguos frascos para conservas. La chimenea ya anticipaba las noches acogedoras que vendrían.

Mientras tanto, encontré mi propio pedacito de paraíso en una silla Adirondack colocada bajo uno de los árboles del jardín. Sabía que, llegado septiembre, sería el sitio perfecto para dedicarme a calificar los ensayos de mis estudiantes. No podía esperar a descubrir los ojos brillantes que más me inspirarían durante el siguiente año escolar.

El viernes previo al Día del Trabajo llegué temprano a Franklin, ansiosa por instalarme en mi salón de clases. Llené mi Toyota plateado con una caja llena de artículos de papelería: fólderes, papel y marcadores. Cuando entré, mi amiga Suzie Price, la maestra de Arte, estaba en el pasillo engrapando hojas de colores en el periódico mural, el cual se transformaría en una galería para exhibir las obras de los estudiantes en un par de semanas.

—Hola, guapa —dijo. En realidad, Suzie era la verdadera guapa. Tenía labios rojos y cutis perfecto, y yo envidiaba la manera tan artística que tenía de arreglarse con sus pañuelos y su combinación

de prendas distintas. En invierno, mientras yo estaría envuelta en un suéter de lana muy práctico, ella luciría un atuendo de chenilla con botones de vidrio marino—. ¿Tuviste un buen verano?

—¡El mejor! Se acabaron los viajes a la ciudad. Bill y yo encontramos un gran lugar..., una cabañita en Stony Brook.

—¡Qué gran noticia, Maggie! Yo voy a mudarme de casa uno de estos días. Vivir en un sótano no es bueno para el alma de una artista.

—Revisa el *PennySaver* —le grité mientras me alejaba con mi caja hacia mi salón.

El salón número 203, mi salón, estaba a la mitad del ala oeste de la escuela. Como la mayoría de las escuelas públicas de Long Island, el interior de Franklin carecía de cualquier encanto o detalle arquitectónico. Los techos eran bajos, las paredes de bloques de cemento estaban pintadas color arcilla y los pisos eran de linóleo cuadriculado. Sin embargo, casi todos mis colegas maestros disfrutaban la oportunidad de desafiar la arquitectura funcional de los años sesenta y transformaban su entorno en algo que inspirara a los estudiantes una vez que cruzaran la puerta de su salón.

Todos nos sentíamos muy orgullosos de los distintos temas que empleábamos para decorar nuestra aula. Ese verano pasé varias semanas reflexionando sobre mi tema hasta que por fin decidí que sería «La mente es una herramienta poderosa». Pasé horas creando un molde para un boceto de cerebro con sus infinitas circunvoluciones. Después coloreé cada sección con una gama de plumones neón para destacar las dos partes. Pinté el lado izquierdo de color naranja para mostrarles a los niños el *cerebro lógico*, el sitio donde generamos el lenguaje y el análisis. El lado derecho lo pinté de rosa para simbolizar el *cerebro creativo*, la zona que despierta la fantasía y la imaginación. También hice un cerebro en miniatura para cada uno de mis veinticuatro estudiantes y es-

cribí sus nombres en el centro con un grueso marcador negro. Me apresuré para llegar al salón; tan deseosa estaba de empezar a trabajar en mi periódico mural.

Al entrar al salón, para mi sorpresa, encontré una pequeña nota del director pegada en el escritorio:

Señorita Topper:

Necesito hablar con usted cuando le sea posible. Estaré en mi oficina todo el día. Pase cuando lo crea conveniente.

Muchas gracias.

T. Nelson.

Me pregunté de qué podría querer hablar conmigo en mi primer día de vuelta al trabajo. Me miré en el espejo, respiré profundo para tranquilizar mis nervios y me preparé para ir a verlo.

El director Nelson estaba parado frente a su archivero de metal cuando entré a su oficina. Un ventilador de escritorio hacía circular el aire caliente en el rincón.

—Qué gusto verla, Maggie. —Me hizo una seña para que me sentara—. ¿Tuvo un buen verano?

—Sí, muchas gracias. Pero estoy muy contenta de regresar a clases.

—Me da mucho gusto escucharlo. —Sonrió, caminó hasta su escritorio y se acomodó en su silla—. Le tengo una petición poco usual... —Se acercó hacia mí y añadió—: Maggie, estoy muy satisfecho con su trabajo del año pasado. Aporta un entusiasmo envidiable al salón de clases.

Me sonrojé y estaba por rechazar el elogio, cuando el señor Nelson alzó la mano para pedirme que no lo hiciera.

—No hay necesidad de decir más sobre ese tema. Solo quería que supiera que espero que su segundo año sea espléndido aquí en Franklin. —Se aclaró la garganta y agregó—: Y, de hecho, estoy tan satisfecho que pensé en usted de inmediato cuando me llegó este encargo especial del superintendente.

—Suenas intrigante... —Sentí que me atravesaba una oleada de energía nerviosa.

—Un niño que acaba de mudarse a este distrito entra este año a sexto grado. Estaba inscrito en su clase, pero, por lo que me he enterado, nació con un defecto cardíaco que lo tiene realmente debilitado.

Sentí cómo el estómago se me estrujaba.

—Dado que está demasiado débil para acudir a la escuela, la administración estuvo de acuerdo en enviar tutores a su casa para que no se retrase. Y yo esperaba que usted fuera su tutora de Lengua y Literatura.

Tamborileé con dos dedos sobre el escritorio, en espera de mi respuesta.

—Obviamente deseamos que el chico recobre la fuerza y se una a su clase más adelante en el año —continuó—. Pero, por lo pronto, el distrito le pagará a usted por visitarlo después de concluir con sus clases aquí. Estábamos pensando que, para empezar, fueran dos días por semana. La administración dispondrá de otro tutor para que ayude al alumno con las materias de Matemáticas y Ciencias, pero me parece que no será de Franklin. —Cruzó los brazos sobre el escritorio y preguntó—: ¿Suenas como algo que pueda interesarle, señorita Topper?

La emoción que había sentido unos segundos antes se transformó en pánico. En mi mente apareció un recuerdo de mi infancia: una niña enferma con los ojos pegados a la ventana de su habitación cuando el autobús escolar pasaba por su casa.

Pude sentir cómo se me iba el color del rostro y se me paralizaba la mente. Quería decir algo profesional y bienintencionado,

como lo maravilloso que resultaría dar clases particulares a un estudiante, o que sería un privilegio ser la tutora de un niño con necesidades especiales; pero las palabras me fallaron. Lo único que percibía era cómo me retorció de nervios en la silla.

—Entonces, ¿puedo contar con usted, Maggie? —El director Nelson se acercó a mí una vez más.

Tragué saliva, desesperada por hacer cualquier cosa que me permitiera, al menos, responder, pero no podía dejar de pensar en Ellie, mi vecina de la niñez.

—¿Cómo se llama el alumno? —me obligué a preguntar.

El director Nelson alzó una hoja de papel de su escritorio y entrecerró los ojos.

—Yuri Krasny —leyó con rapidez—. No tengo idea de si estoy pronunciándolo bien...

—¿Yuri? —repetí el nombre. Sonaba exótico e interesante. No como los Michaels y Jonathans que abundaban en Franklin. Me sentía atrapada en un torbellino de emociones: quería ayudar a un niño necesitado y al mismo tiempo temía por la carga emocional que llevaba a cuestas desde hacía quince años—. Sé que ser tutora es una oportunidad muy especial. Sin embargo, ¿le importaría si aprovecho el fin de semana largo para pensarlo? Quiero estar segura de que no tendré demasiadas cosas por las tardes.

El director Nelson parecía sorprendido.

—Bueno, claro, Maggie. —Se colocó el lápiz tras la oreja y se alejó de su escritorio impulsándose en su silla; las ruedas rechinaron sobre el piso de cerámica—. Revise sus horarios y avíseme el martes. Pero tendré que seleccionar a otra maestra si no está usted dispuesta, así que, por favor, no se demore más allá de esa fecha.

—Desde luego, y discúlpeme por pedirle tiempo extra.

—Espero que advierta la importancia de este encargo —añadió—. Es algo único y creo que usted está bien calificada para ello.

Asentí. Sabía que el hecho de que me lo hubiera pedido a mí era un voto de confianza, pero en el fondo me preocupaba si en

realidad estaba capacitada para ser la tutora de un niño enfermo. Mi mente volvía una y otra vez a Ellie. Así pasa con la memoria: sin importar cuánto nos esforcemos por olvidar ciertos sucesos, las historias perviven. Pensé en las circunvoluciones serpenteantes de los cerebros miniatura que había hecho para mis estudiantes. Cada uno de nosotros tiene historias ocultas en los laberintos de su mente. Sin embargo, como ocurre con la mayoría de las cosas, esas historias pueden permanecer enterradas por mucho tiempo.

Yo tenía trece años el verano en que Ellie Auerbach salió de la cama una mañana y sintió que las piernas se le vencían. Tenía cinco años. Ese verano le regalaron su primera bicicleta, que era de color rosa brillante con una canastilla de rafia y una campanilla en el manubrio. Todos los días la escuchábamos dar vueltas en la calle durante horas; oíamos las rueditas entrenadoras que se arrastraban detrás de ella y cómo resonaba en el aire la campanilla.

Recuerdo a la señora Auerbach diciéndole a mamá que pensaba que tal vez Ellie había pasado la noche en una posición rara y se le habían dormido las piernas. Pero entonces aparecieron las fiebres inexplicables que asolaron a la niña durante un mes y el virus persistente que su madre confundió con una gripa fuera de temporada. Todas eran claves que la madre de Ellie dejó pasar quizá porque interferían con su negativa a gastar energía preocupándose demasiado por cosas que suponía pasajeras. Sin embargo, con el tiempo esos sucesos destellaron bajo una luz dolorosa y evidente.

La señora Auerbach siempre había creído que el mundo era bondadoso y que el cielo cambiaba de color cada atardecer por una razón.

—El universo no quiere que nos volvamos complacientes con su belleza —me dijo una tarde nublada, mientras bebíamos limonada en su enorme porche blanco.

La condensación del vaso me heló los dedos y sorbí la limonada por el popote de papel. En ese momento ella estaba embarazada, esperando a Ellie. Su abdomen era grande y amplio bajo la tela de su vestido blanco; tenía las mejillas ruborizadas y el pelo castaño oscuro recogido en una trenza larga. Puso las manos sobre su vientre y dijo:

—¡Oh, Maggie, sentí una patada! ¿Quieres tocar al bebé?

Antes de que pudiera decirle que yo era demasiado melindrosa, la señora Auerbach ya había puesto mi mano sobre su piel. Y ese soleado día de verano noté cómo un pequeño talón o un puñito cerrado —redondo e impaciente— se hacía presente desde los confines de ese vientre.

Volvieron con Ellie en un moisés de paja unas semanas después. Rosadita y arrugada con un gorrito bordado, se había llevado los cinco dedos a la boca. El señor Auerbach, vestido con pantalones caqui de algodón, estaba afuera y el sol le iluminaba el rostro.

—Una pequeña niña —lo felicitó papá—. No hay nada como tener una hija.

Recuerdo que mamá me indicó que no me acercara mucho a la bebé, pero la señora Auerbach levantó la mano y soltó una risilla.

—Si Maggie se lavó las manos, no hay ningún problema en que se asome y vea al pequeño bichito —me dijo mientras se acomodaba en una silla confortable, el cuerpo aún regordete debajo del vestido.

Me sentí muy contenta al asomarme y rozar con un dedo la mejilla de Ellie. Sus párpados se abrieron y vi esa suave bruma en su mirada de bebé recién nacida mientras relajaba el diminuto puño. La manita de Ellie se acercó para tocar la mía, y desde entonces se convirtió en la hermana pequeña que nunca tuve.

Le llevaba ocho años, y, aunque yo tenía más experiencia en todos los aspectos de la vida, Ellie nunca estaba lejos de mi casa. Le encantaba jugar en el jardín de mamá, donde usaba mis viejas botas de hule y mi pequeña regadera con una margarita pintada en el costado. Y ese verano, cuando comenzaron sus dolores de piernas, todos estábamos angustiados mientras la señora Auerbach llevaba a su hija de doctor en doctor, hasta que, por fin, un especialista de Nueva York les dijo que lo que Ellie tenía era un tipo muy raro de cáncer.

Ese año no pudo ir al kínder según lo planeado. En los primeros días de escuela, el autobús escolar amarillo se detenía frente a su casa, como si estuviera esperando a que la niña bajara.

—Me recomendaron que le cortara el pelo muy corto —le confesó la señora Auerbach a mamá en secreto—. De ese modo, cuando se le caiga no será tan desconcertante —explicaba mientras rodaban lágrimas por su rostro.

Cuando volví a ver a Ellie y a su madre, ninguna de las dos tenía trenzas. La señora Auerbach también se había dejado el pelo muy corto, justo después de que la estilista se lo cortó a Ellie.

De buenas a primeras, la casa de los Auerbach pasó de tener macetas repletas de geranios rojos y las ventanas siempre abiertas a estar invariablemente cerrada, impenetrable. Las cortinas se hallaban corridas. Las macetas estaban llenas de tallos y hojas marchitas.

Mi madre y yo las visitábamos, pero la señora Auerbach ya no era la madre de espíritu despreocupado y mirada esperanzada. Se veía demacrada y cansada; sus ojos estaban rodeados por círculos negros y su sonrisa se transformó en una delgada línea. El aire dentro de la casa estaba estancado y sobre la mesa había muchos frascos color naranja con medicamentos. Y lo más doloroso de todo era ver a la pequeña Ellie en el sofá, con el cuero cabelludo como el de un bebé recién nacido, pero la mirada de alguien con mucho más que cinco años.

Ellie permaneció en mi mente durante toda mi vida adulta. Escuchaba, por ejemplo, una campana de viento repicar con la brisa y en mi cabeza aparecía la imagen de la señora Auerbach embarazada, en su porche. Y cada vez que oía el sonido metálico de una campanilla de bicicleta, en lugar de hacerme sentir alegre, me provocaba el efecto contrario. Era un recordatorio doloroso de lo injusta que es la vida y de lo incomprensible que resulta que un niño deje este mundo tan prematuramente.

En realidad, nunca procesé la muerte de Ellie; la mantuve enterrada bajo capas de pena reprimida. Los Auerbach se fueron menos de un año después del fallecimiento de su hija. Su casa ahora la ocupa una pareja mayor de Boston que se mudó para estar más cerca de su hijo, residente en la ciudad de Nueva York. Aun así, había veces que veía a una niña parecida a Ellie, con el mismo rostro redondo, los ojos almendrados, las trenzas doradas atadas con un listón blanco, y su recuerdo me asaltaba. Después de todo ese tiempo, Ellie seguía teniendo seis años, aunque ahora yo ya era una mujer adulta que daba clases a sus estudiantes.

El domingo, Bill y yo fuimos a un asado con amigos en Westchester y pasamos todo el día en el jardín, comiendo hot dogs y sandía, disfrutando el último fin de semana del verano. El lunes, víspera del regreso a clases, Bill fue a jugar golf con un amigo de la universidad y yo aproveché para visitar a mis padres.

Mi familia vivía mucho más al este que yo en Long Island, dos pueblos más allá, en un sitio llamado Strong's Neck. Era un lugar en el que las personas disfrutaban de su soledad. En la primavera, el aire estaba impregnado del aroma de la madreselva y el jacinto. En el otoño, lo que abundaba era la deliciosa fragancia del arce azucarero y el roble. Había varios tramos de tierra con el pasto

crecido y árboles antiguos flanqueaban los caminos serpenteantes; muchas de las viejas casas databan de la época de los primeros pobladores de Long Island. La casa de mi familia distaba mucho de ser histórica. Era un bungalow modesto con tejas y persianas de cedro que mi padre había pintado de verde oscuro para que combinaran con los pinos que rodeaban la casa.

Mi padre parecía un irlandés robusto, pero tenía alma de orfebre italiano. Empezó a fabricar violines como pasatiempo después de jubilarse, una pasión extraña y exótica para un hombre que había sido vendedor a lo largo de toda su vida adulta. El sótano de mi infancia, donde mis amigos y yo solíamos jugar Twister o hacíamos sesiones de espiritismo durante las pijamadas, se había convertido en un taller con el piso lleno de aserrín y frascos de cristal repletos de pegamento y barniz. Hasta los aromas de la casa familiar habían cambiado. Solía predominar el aroma inconfundible del ajo y los tomates sofritos. Ahora el aire estaba lleno de la esencia del abeto recién tallado.

Cuando toqué el timbre, mi padre abrió. Siempre me sorprende encontrarlo tan transformado. Recuerdo que cuando yo era estudiante lo veía con un traje azul marino, corbata a rayas y portafolios color piel. Ahora mis ojos tenían que reajustarse. Mi padre traía puesta una bata de trabajo de vinil, un lápiz tras la oreja, entre su cabello cano, y, cuando me abrazó, pude sentir los callos en sus manos.

—¡Hola, Mags! —Alzó las mejillas al sonreír y besarme—. ¿A qué debemos esta visita sorpresa? Seguro es porque extrañabas a tu viejo, ¿verdad?

—Extrañaba la lasaña de mamá.

—Con todo gusto ocupó el lugar detrás de ella. —Sonrió.

Mi padre se sacó la lotería al casarse con mi mamá, una italoamericana de primera generación. No había mejor cocinera que ella en el mundo; podía tomar cualquier cosa y transformarla en algo delicioso. Sin embargo, mi padre insistía en que no había sido

la sazón de mamá lo que lo había enamorado, sino su bello canto, que consideraba mucho más perfecto que cualquier instrumento que pudiera fabricar a mano.

—Y tienes suerte... Anoche hizo manicotti. Sírvelo lo que haya sobrado, está en el refrigerador.

—¿Cómo están tus manos hoy?

La artritis de mi padre se había vuelto especialmente dolorosa en el último año y medio. Alzó las manos; sus nudillos abultados y su piel manchada delataban que tenía ya sesenta y tres años.

—Nada que un poco de ibuprofeno y una tina con hielo no arreglen. —Se me acercó y me dio un abrazo—. Tu padre no es ningún cobarde.

Puse los ojos en blanco y dije:

—Pero esos violines ¿de verdad valen toda la agonía que pasas?

—Bueno, para mí sí lo valen.

Sonreí. Sabía que, después de una vida entera vendiendo fármacos, mi padre por fin tenía la oportunidad de dedicarse a lo que siempre había querido hacer, y no había ningún dolor o incomodidad que pudiera detenerlo.

Dejé caer mi mochila y me fui a lavar las manos.

Para cuando salí del baño, mi madre ya había vuelto del jardín. Sus sandalias verdes de hule descansaban junto a la puerta y ella estaba descalza junto al fregadero, lavando las matas de rúcula recién cortadas que había traído en una canasta. Iba bien arreglada, incluso después de haber pasado todo el día arrodillada en la tierra. Su cabello castaño, en el que había algunas canas plateadas, estaba recogido en un chongo suelto; alrededor de su cuello llevaba un pañuelo rojo. La elegancia europea nunca la abandonaba.

—¡Maggie! —Sus ojos se iluminaron al verme. Se sacudió las manos húmedas y cayeron pequeñas gotas de agua sobre el linóleo—. Qué agradable sorpresa. ¿Tienes hambre, cielo?

—¿Alguna vez no tengo?

Era evidente que se había animado con solo pensar en darme de comer. Hizo un gesto para que me acercara a la mesa de la cocina. La obedecí sin protestar en lo que ella comenzaba a calentar la comida.

El de mis padres era uno de esos amoríos clásicos. El niño irlandés salido del Bronx que se enamora de la niña italiana de cabello oscuro que vive al final de la cuadra y sobre la que sus padres lo habían prevenido. Mi papá siempre nos contó a mi hermano y a mí que, como ocurría con las sirenas de la antigua Grecia, él había quedado fascinado por la voz de mamá antes de llegar a admirar su belleza. Un día, cuando él estaba en el escenario practicando con la orquesta de la preparatoria, escuchó a una chica cantar detrás del telón. Las notas que flotaban hacia él eran perfectas y claras. Según la leyenda familiar, dejó su violín y fue a buscarla. Y cuando se dio cuenta de que la chica alta de largos cabellos y ojos oscuros era la de la voz de ángel, quedó perdidamente enamorado.

Y aunque la familia de mi padre en un principio se resistía a aceptar a mi madre, con el tiempo ella conquistó a su futura suegra, no con su voz angelical ni con su sazón, sino con lo que los irlandeses llaman el don de contar una historia.

Mi favorita era la que narraba sobre mi abuela, Valentina. Sus primos estadounidenses habían recibido una fotografía de una menuda joven siciliana que parecía desnutrida y necesitada de un buen hogar. Cuando por fin llegó a Ellis Island, nadie entendía cómo era que quien decía ser su prima fuera una chica tan corpulenta. Todos los parientes cuchicheaban mientras llevaban a aquella joven cuya ropa parecía a punto de reventar hacia el edificio de departamentos de Arthur Avenue. Condujeron a Valentina a un cuarto en el que había una tina grande de metal para que se diera un baño y se cambiara de atuendo. Las demás mujeres de la casa

se quedaron mudas al ver que aquella chica bajita y regordeta se quitaba el abrigo, luego el vestido, después otro vestido y otro más. Una a una se fue quitando capas de ropa, y al final quedó la mujer flaca de la fotografía. En lugar de empacar sus prendas en una maleta, la madre de Valentina la había hecho ponérselas todas durante todo el viaje. De esa manera, la maleta podía ir llena de otros objetos necesarios, como zapatos, ropa interior y suéteres.

Mi madre me heredó su amor por contar historias. Me demostró que una historia tiene el poder de vincularnos con los demás, que un buen cuento puede incluso zanjar la brecha que separa a niños y adultos. Cuando había que tranquilizar a un niño, ella tenía un arsenal de relatos listos para reconfortar incluso al pequeño más enfadado. Te ofrecía una galleta color azafrán y luego te contaba una historia llena de detalles sobre su amiga de Suecia que le había pasado la receta, como si la narración fuera un ingrediente más, junto con las capas de harina y mantequilla.

—¿Ya pintaste tu nuevo cuarto, Maggie? —me preguntó mi madre mientras me servía una buena porción de mozarela y ricota derretidos—. ¿Quieres que vaya a ayudarte?

—El color está empezando a gustarme, mamá, así que no creo que sea necesario cambiarlo. Me he estado diciendo a mí misma que no es blanco crudo, sino color mantequilla, y así ya no me parece tan aburrido.

—Ah, el tranquilizante color mantequilla —se burló y se sentó junto a mí—. Siempre fuiste tan buena con las palabras, Maggie. Y siempre puedes hallar el lado positivo y bello...

—Eso lo saqué de ti, mamá. —Me reí—. Si tan solo hubiera heredado tu sazón. —Me llevé el tenedor a la boca y disfruté de los sabores cálidos y fusionados.

En realidad, creía que mi mamá era la que podía descubrir algo bello cuando menos se esperaba. En muchas ocasiones consideré

que tenía ese efecto en mí. Yo había crecido sintiéndome siempre incómoda por mi estatura, por el color rojizo de mi cabello y mis pecas. Pero, de alguna manera, mi madre era capaz de hacerme sentir bien conmigo misma cada vez que alisaba los mechones alborotados de mi pelo o tomaba mi cara entre sus suaves manos.

—Así que la escuela comienza mañana... Debes estar muy emocionada, Maggie.

No le respondí de inmediato y ella se dio cuenta. Sentía su mirada sobre mí mientras pasaba el tenedor por los pequeños charquitos de ricota en el plato.

—De hecho, vine porque quiero hablar contigo de algo —le dije y dejé mi tenedor sobre la mesa.

—Ah, ¿sí? ¿De qué se trata, cariño?

—Bueno... —Vacilé por un momento, tratando de hallar las palabras adecuadas—. El viernes fui a dejar algunos materiales a la escuela y a alistar mi salón, y me encontré con una nota del director en la que me pedía que fuera a verlo a su oficina...

En el rostro de mamá había confusión.

—No, no era porque estuviera en problemas ni nada de eso. Era lo contrario, de hecho... El director Nelson quería ofrecerme un encargo extra porque está muy contento con mi trabajo del año pasado.

—Eso es algo bueno, ¿no, Maggie?

—Bueno, no es tan sencillo, mamá. Me pidió que considerara dar lecciones de Lengua y Literatura en casa a un niño que no está bien de salud para ir a la escuela este año. El chico nació con un defecto en el corazón y está demasiado débil para asistir al salón de clases con los demás estudiantes. El distrito está enviando a dos profesores a su domicilio para que no pierda el año escolar.

Mi madre estiró el brazo hacia mí y cubrió mi mano con la suya.

—Oh, cariño —exclamó—, ese niño te necesita.

Sin embargo, yo podía sentir cómo mi cuerpo se tensaba. Tuve que parpadear para que no se me salieran las lágrimas.

—Ya lo sé, mamá. Pero no puedo dejar de pensar en Ellie. No sé si soy lo suficientemente fuerte para ir todas las semanas a la casa de un niño enfermo. —Inhalé con fuerza—. ¿Y si no soy capaz de manejarlo?

Mi madre negó con la cabeza y desvió la mirada. Hablar de Ellie era muy difícil para ella también.

—Lo que pasó con Ellie fue terrible, Maggie —dijo con delicadeza—. Y tú fuiste muy valiente. La visitaste todas esas ocasiones en las que se sentía muy mal, aunque para ti era duro verla en ese estado. Le leías. Coloreabas libros con ella. ¿Te acuerdas de que algunas veces jugaban a la escuelita? La señora Auerbach me contó que Ellie ansiaba verte más que a ninguna otra persona. —Suspiró—. Ahora me doy cuenta de que no te hicimos ningún favor tu papá y yo al no decirte de inmediato.

Sentí que mi rostro se tensaba. Durante mucho tiempo ese había sido un tema sensible entre mis padres y yo. Me encontraba en un campamento el verano en que Ellie murió. Nadie podría haber predicho lo que pasó, obviamente, pero ella falleció justo cuando yo estaba fuera. Mis padres no me dijeron nada hasta que volví a casa, casi una semana después del funeral.

—Nunca pude despedirme —murmuré, con la voz quebrada.

—Nos equivocamos. Tu papá y yo éramos jóvenes y no queríamos arruinarte el verano. En cualquier momento que hubiéramos escogido, contártelo no habría sido nada fácil.

—En un minuto estaba aquí y al siguiente ya se había marchado. Los primeros meses después de su muerte los pasé pensando que iba a escucharla en su bicicleta o que la vería en el porche junto a su mamá, saludándome mientras yo iba en el autobús a la escuela. —El dolor regresó, como si los años no hubieran transcurrido.

—¿Y temes encariñarte con ese estudiante? —Mi madre bajó la voz—. Es entendible, Maggie. Pero no podemos tener tanto miedo de experimentar dolor, al grado de que eso interfiera con lo que amamos. Piensa en tu papá, en lo mucho que sufre con su ar-

tritis. Todas las mañanas lo veo meter las manos en una tina de hielo antes de comenzar a trabajar en sus violines. Aun así, eso no lo detiene, ni siquiera cuando las cosas se tornan difíciles. Tiene que hacerlo. Y tú deberías imitarlo. —Se me acercó y me acarició la espalda—. ¿Ya sabes cómo se llama el niño?

—Yuri —le respondí en voz baja.

—Creo que, por ti misma, debes hacer al menos un esfuerzo por Yuri —me aconsejó—. Él está encerrado en su casa, sin poder ir a la escuela como los niños de su edad. Piensa en todo lo que puedes aportar a su vida —me dijo con suavidad—. E imagina todo lo que él puede aportar a la tuya.